

.....Capítulo 1.....

La Temporada de Londres de 1881

Sin poder hacer otra cosa que suspirar resignada, Sophia Wilson comprendió que, sin darse cuenta, no sólo se había arrojado desde el otro lado del océano a Londres sino también desde una sartén con aceite hirviendo a una hoguera de rugientes llamas. Estaba a punto de entrar en el Mercado del Matrimonio.

Entró con su madre en el atestado y elegante salón londinense revestido por tapices de seda, engalanado con ramilletes de rosas atados con cintas y por otras innumerables chucherías inútiles muy diestramente dispuestas para hacer de la ociosidad perfecta la única opción. Apretando con fuerza su abanico en la mano enguantada, se preparó, terminado ya el curso intensivo de un mes en etiqueta inglesa, para ser presentada al conde y la condesa de Nosecuántos, y sumisamente se puso su mejor sonrisa en la cara.

—No fue tan terrible, ¿verdad? —le dijo en voz baja su madre después de la presentación, paseando la vista por el salón con ojos evaluadores.

Sophia casi oía discurrir los pensamientos de su madre al formular en su cabeza la estrategia para esa noche: «Un conde ahí, un marqués allá...».

Entonces sintió sobre ella el peso de la responsabilidad como una inmensa lámpara de hierro colgada de un solo tornillo, lista para

caerse en cualquier momento. Era una heredera americana, y estaba en Londres para asegurarle a su familia la aceptación en la alta sociedad de su país y, en último término, cambiarles la vida para siempre. Estaba allí para casarse con un noble inglés.

Al menos eso fue lo que le prometió a su madre cuando escapar se le convirtió en su única esperanza. Porque ese año había rechazado cuatro proposiciones de matrimonio, y excelentes, en opinión de su madre, que no cesaba de repetirlo, con lo que la pobre mujer empezó a darse de golpes en la cabeza contra la pared. El último caballero rechazado había sido nada menos que un Peabody, y, santo cielo, la boda de una Wilson con un Peabody habría sido un «éxito» sin igual. Habría asegurado una invitación a los bailes del Patriarca. La señora Astor, «la» señora Astor, podría incluso haberles hecho una visita a los burgueses Wilson, cosa que lógicamente habría detestado dicha matriarca de la alta sociedad.

Y toda esa desesperación por un buen matrimonio se debía a que su familia era una de las muchas que trataban de introducirse en la impenetrable sociedad neoyorquina. «Arribistas», las llamaban; los «nuevos ricos». Esas familias sabían lo que eran, y todas querían entrar en esa sociedad.

Abatida, contempló la muchedumbre de personas desconocidas reunidas en el salón, escuchando distraídamente las flemáticas y reservadas risas inglesas, si es que a eso se le podía llamar risa. Sus hermanas ciertamente no las considerarían risas.

Suspirando, se dijo que era importantísimo que encontrara un hombre al que pudiera amar, antes que acabara la Temporada. Había hecho un trato con su madre para que la pobre mujer no volviera a caer enferma. Lo único con lo que consiguió que su madre aceptara su rechazo de la proposición de Peabody, sin tener otro «ataque» que hiciera necesario llamar al médico, fue la promesa de conseguir un pez más gordo. Y puesto que los peces más gordos sólo se encontraban en Londres, peces gordos con títulos, nada menos, allí estaban ellas.

—Permitidme presentarles a mi hija, la señorita Sophia Wilson —dijo su madre al presentarla a un grupo de señoras, cada una con hijas a sus lados.

Las mujeres la miraron en silencio un momento, evaluando su apariencia, su vestido diseñado por Worth, su colgante de diamante

esmeralda, sus pendientes de diamantes. Ninguna de las chicas inglesas llevaba joyas tan caras, y la miraron con caras de envidia. De pronto Sophia se sintió un pez gordo, muy lejos de aguas conocidas.

—¿Sois de Estados Unidos? —preguntó finalmente una de las mujeres, abriendo su abanico y agitándolo delante de su cara, esperando con cierta impaciencia la respuesta de Sophia.

—Sí, de Nueva York. Somos huéspedes de la condesa de Lansdowne.

Daba la casualidad de que la condesa también era estadounidense, y en Nueva York ya gozaba de la fama de ser una de las muy buenas «madrinas sociales». Casada desde hacía tres años con el conde de Lansdowne, se las había arreglado para encajar en la sociedad de Londres como si hubiera nacido y se hubiera criado en ella. Los Wilson conocían a Florence desde antes que se casara con el conde. También ella había sido de las que miraba desde la barrera a la alta sociedad, le habían vuelto la espalda infinidad de veces, y ahora se complacía muchísimo en mirar por encima del hombro a esos mismos altivos neoyorquinos. Se vengaba ayudando a las «advenedizas», como Sophia y su madre, a trepar por la larga y muchas veces resbaladiza escalera social, y enviar a las familias de vuelta a Nueva York con impresionantes títulos ingleses en sus abultados ridículos enjoyados.

—Sí, conocemos a la condesa —contestó la taciturna inglesa, intercambiando un gesto de maliciosa complicidad con sus acompañantes.

La conversación no continuó, y Sophia hizo todo lo posible por continuar sonriendo; repentinamente vio extenderse la velada ante ella como un larguísimo y monótono camino lleno de coches detenidos en una caravana de kilómetros.

En ese instante se hizo un súbito silencio en el salón, seguido por unos pocos murmullos aquí y allá: «Es el duque». «¿Es el duque?». «Caramba, pues sí que es el duque». Todas las cabezas se giraron hacia la puerta.

La retumbante voz del mayordomo anunció:

—Su excelencia, el duque de Wentworth.

Mientras Sophia esperaba la aparición del duque, pasaron por su cabeza sus opiniones americanas acerca de la igualdad. «Duque o pocero, sigue siendo sólo un hombre».

Se puso en puntillas para ver por encima de las cabezas y tener un atisbo del noble de más alto rango del salón, pero volvió a apoyar los talones en el suelo cuando una de las jovencitas del grupo le susurró al oído:

—Evítelo si puede, a no ser que quiera casarse con una pesadilla.

Desconcertada por el comentario de la chica y más que un poco curiosa, Sophia volvió la atención a la puerta. Había mujeres haciendo reverencias, se veían las faldas ondeando sobre el suelo. Por fin alguien se hizo a un lado y se encontró mirando a un hombre absolutamente impresionante, pasmoso, magnífico.

Vestido con frac negro, camisa y chaleco blancos, saludando con cortesés e impasibles inclinaciones de la cabeza a todas las personas que se inclinaban y hacían reverencias a su paso, el hombre entró en el salón como una pantera hambrienta.

Observando su rostro, llamativo, impresionante, sintió revolotear el corazón en el pecho. Era como si estuviera mirando una fabulosa obra de arte, un objeto de belleza tan inconcebible que le quitaba el aliento. Parecía imposible que alguien hubiera creado esa cara; y sin embargo, alguien tenía que haberla creado. Una mujer, una madre que años atrás había dado a luz una perfección divina.

Siguió observándolo, tratando de captar todos los detalles, su porte seguro, su prestancia tranquila, distante.

Sus cabellos eran negrísimo, abundantes y ondulados, y le caían sueltos sobre los hombros, largos y desordenados, claramente pasados de moda. Sophia arqueó una delicada ceja. En Nueva York nadie se atrevería a presentarse en público en un estado tan salvaje, pensó, pero ese hombre era un duque y sin duda hacía lo que fuera que se le antojara. Nadie se atrevería a contradecirlo ni a volverle la espalda.

Eso era lo que diferenciaba a Londres de Nueva York, razonó. Una persona podía ser excéntrica si tenía sangre azul, y nada le quitaba su posición social.

La gente se mantuvo en silencio, reverente al parecer, mientras el imponente hombre hacía su primer recorrido por el salón. Después se reanudaron los murmullos de conversación.

Pero Sophia todavía no estaba dispuesta a quitarle los ojos de encima a ese hombre alto e irresistible. No podía dejar de observar su modo de caminar, con tanta seguridad y garbo, como un felino.

Sus ojos verdes también eran felinos, observó: inteligentes y perspicaces, cínicos y peligrosos. Se estremeció con una mezcla de excitación y miedo. El instinto le dijo que no le convenía fastidiar a ese hombre.

Cuando él se dirigió hacia el otro lado del salón acompañado por un caballero rubio, Sophia se volvió a mirar a la joven que tenía al lado.

—¿Que quiso decir con eso de la pesadilla? —le preguntó en un susurro.

La joven miró hacia el duque por encima del hombro.

—No debería haber dicho nada. Simplemente son cotilleos de salón.

—¿Quería hacerme una broma?

El pecho de la joven subió y bajó, en evidente frustración porque ella no abandonaba el interrogatorio.

—No, quise advertirla. —Se le acercó un poco más y susurró—: Hay quienes lo llaman el Duque Peligroso. Dicen que tiene el corazón negro.

—¿Quiénes lo dicen?

La joven frunció el ceño, más frustrada aún.

—Todo el mundo. Dicen que su familia está maldecida. Crueles, todos ellos. Simplemente mírelo. ¿No estaría de acuerdo?

Sophia se volvió a mirar en su dirección otra vez. Él pestañeaba lentamente, mirando con desdén a todos los que pasaban por delante.

—No lo sé.

Pero sus instintos le decían que, efectivamente, era un hombre peligroso. No había luz en sus ojos, sólo oscuridad, y un algo que parecía un desprecio profundamente arraigado, hirviente, por el mundo.

No deseaba conocerlo, decidió. A juzgar por la intensidad de su curiosidad, más importante aún, por los juveniles y locos revoloteos que sentía en sus entrañas, sería un error. Simplemente no se sentía segura de ser lo bastante fuerte para impedir que esos revoloteos dominaran su intelecto. Necesitaba elegir a un hombre con la cabeza, no con sus emociones, porque siempre había creído que uno no se puede fiar de las emociones.

Volvió a mirarlo y lo vio inclinarse cortésmente ante una dama que pasó por delante de él, y sintió hormiguear la piel.

Sí, sin duda sería muy peligroso para ella.

Recuperando su serenidad, decidida a volver a la conversación que tenía entre manos, miró inquieta a su madre.

Rayos, esta también estaba mirando al duque por encima del hombro de alguien.

Sintió discurrir por ella una oleada de terror. Su madre estaba que se le caía la baba.

James Nicholas Langdon, noveno duque de Wentworth, marqués de Rosslyn, conde de Wimborne, vizconde Stafford, salió de detrás de un gigantesco helecho en maceta y paseó la vista por el salón, muy serio. El abanico de marfil con plumas de lady Seamore le ocultaba una buena parte del panorama; con cierta irritación, ladeó la cabeza para ver por el lado del abanico.

Porque algo le había captado la atención.

—¿Quién es esa mujer? —preguntó al conde de Whitby, que estaba a su lado, girando distraídamente un anillo de esmeralda en su dedo.

—Es la americana —contestó Whitby—. La que llaman «la joya de Nueva York», con una dote suficiente para mantener el Palacio de Buckingham. O eso me han dicho.

James miró fijamente esos cautivadores ojos azules, esa boca absolutamente impertinente.

—¿Esa es la heredera?

—Pareces sorprendido. Te dije que era hermosa. ¿No me creíste?

Sin contestar el comentario, James observó a la beldad de pelo dorado avanzar por el salón en dirección a lord Bradley, el dueño de la casa. Se hicieron algunas presentaciones y los ojos de la joven americana relampagueaban al sonreír. Llevaba un vestido de brocado de seda de colores plata y tostado, que captaba la luz, y en el cuello un collar de perlas con un diamante escandalosamente grande que le caía sobre la hendedura de sus atractivos pechos.

Exhaló un suspiro de hastío.

—¿Otra americana aquí para la temporada de caza de nobles? ¿Cuántas van ya? ¿Tres, cuatro? ¿Qué hacen? ¿Les escriben a todas sus amigas del otro lado diciéndoles que vengan corriendo, que aquí hay títulos para las que los puedan pagar?

Whitby fue a ponerse a su lado.

—Sabes tan bien como yo que a Bertie le gusta ver una novedad, sobre todo una que posea inteligencia y belleza, y lo que el príncipe desea, el príncipe lo obtiene.

—Y los aristócratas están muy contentos de complacerlo.

En ese momento la heredera se rió, dejando ver unos dientes perfectos, parejos y blancos.

Whitby adelantó el mentón en dirección a ella.

—Ella y su madre están alojadas con la condesa de Lansdowne para toda la temporada.

—La condesa de Lansdowne, nada menos —comentó James, sarcástico—. Otra cazadora americana, una que ya se embolsó su título. Va a entrenar a la nueva recluta, me imagino.

James conocía muy bien a la condesa, y sabía que la sutileza no era su punto fuerte.

Acompañado por Whitby, dio un paseo por el salón. Ni siquiera sabía por qué había decidido acudir a esa fiesta esa noche. Detestaba el Mercado de Matrimonio de Londres, porque no buscaba esposa ni tenía el menor deseo de buscarse una. Odiaba la persecución de las codiciosas madres de hijas solteras, que eran capaces de casar a sus retoños con un supuesto monstruo sólo por el placer de saber que su sangre correría por las venas de un futuro duque.

Sin embargo esa noche algo lo había tentado a acudir a una reunión social.

Se detuvo junto a la repisa de mármol del hogar, cubierta por una cenefa con ribetes dorados y coronada por un jarrón lleno de plumas blancas primorosamente dispuestas. No pudo evitar volver a mirar a la norteamericana, toda replandor.

—¿Te la han presentado? —preguntó.

Whitby también la miró.

—Sí, en una reunión social hace tres noches.

—¿Y el príncipe?

—La conoció la semana pasada en el baile de Wilkshire. Bailó con ella dos veces, dos bailes seguidos podría añadir, y por lo que he oído, desde entonces su bandeja de plata ha estado a rebosar de tarjetas color marfil.

James apoyó un codo en la repisa y la observó conversar tranquilamente con su anfitrión.

—¿No irás a declarar un interés, verdad? —le preguntó Whitby, en tono sorprendido.

—No, claro que no. Rara vez declaro algo.

Pero tal vez esa noche, pensó, había un cierto elemento de «interés» girando en el interior de su cabeza, removiendo cosas. Ciertamente la joven era una visión excepcional.

Dejó vagar a gusto su mirada por el largo de su vestido, por las suaves curvas de su cuerpo. Qué brazos más esbeltos tenía, bajo esos largos y ceñidos guantes blancos.

Sus ojos experimentados subieron desde su graciosa mano, que sostenía una copa de champaña, de la que muy rara vez bebía un sorbo, hacia el delicado codo y a sus tersos y bien torneados hombros y de allí pasaron a su atractivo cuello y escote. Sus redondeados pechos estaban muy ceñidos por el corpiño del vestido, y se los imaginó libres de restricciones cayendo en sus ardientes manos que esperaban.

—¿Tu madre sigue mordiéndote los talones para que tomes esposa? —le preguntó Whitby, interrumpiendo sus observaciones particulares.

James volvió la atención a la realidad.

—Cada día. Aunque dudo que me haga contestar preguntas acerca de alguna americana. A madre le gusta demasiado gobernar la casa. Espera que me case con alguna muchachita insignificante, británica, por supuesto, una que se contente con permanecer en la sombra.

Saludó con una amable inclinación de cabeza a lady Seamore, que pasó por delante de camino hacia la galería, donde estaba expuesto un Rembrandt adquirido recientemente. En las mejores casas de Londres era bien sabido que el cuadro procedía del marqués de Stokes, que se vio obligado a vender un carretón lleno de obras de arte para evitar el desmoronamiento de su propiedad (y en todos los salones se rumoreaba indulgentemente que desde entonces su mujer no le dirigía la palabra).

—Una americana, sobre todo una tan relumbrona como ella —añadió, tratando de no pensar más en el marqués de Stokes ni en sus problemas monetarios, porque le pinchaba muy cerca de la llaga—, sería la peor pesadilla para mi madre. Y mi peor pesadilla también, supongo. Si alguna vez decidiera casarme, elegiría a una mujer que se fundiera con el papel de la pared y me permitiera olvidar que estoy casado.

Un grupo de caballeros reunidos en un rincón rieron celebrando un chiste entre ellos, y luego se reanudaron los suaves murmullos de conversación en el salón.

—Eres el único noble que conozco que dice «si alguna vez me casara» —comentó Whitby—. Qué rebelde eres, Wentworth. Siempre lo has sido.

—No soy un rebelde. Simplemente no está en mí ser un marido amoroso. Deseo aplazar el matrimonio el mayor tiempo posible, o tal vez incluso evitarlo del todo.

—Ah, ¿y qué difícil podría ser? Vives en una casa tan grande que podrías no verla nunca, a no ser cuando lo desearas.

James se burló con un bufido de la simplicidad de las opiniones de su amigo.

—Las mujeres son algo más complicadas, amigo mío. A la mayoría no les gusta que no les hagan caso, en especial si, Dios no lo permita, se creen enamoradas de ti.

Whitby saludó a un caballero que iba pasando y luego se acercó otro poco más a James.

—Una esposa puede ser un asunto de negocios, si lo llevas bien.

—Tal vez, pero tengo la suerte de tener un hermano menor para recurrir a eso, si yo quiero, en lo que se refiere a un heredero. Martin se casará, sin duda. No es como yo ni como mi padre. Es bondadoso, y le encanta enamorarse.

Porque, por algún motivo, Martin no había heredado lo que heredara él: esa naturaleza apasionada que arrastró a sus antepasados a un infierno negro e inhumano sobre la Tierra. No podía dejar de esperar y desear que la naturaleza más tranquila de su hermano menor pusiera fin a ese ciclo de violencia. A veces se sentía como si estuviera simplemente sosteniendo el fortín, por así decirlo, gobernando el ducado hasta que Martin tuviera la edad y la prudencia para comprender que él era la mayor esperanza de la familia, el eslabón más prometedor en la cadena hereditaria.

Whitby concedió el punto y James comprendió que había logrado distraerlo de hacerle más preguntas intrusas.

En ese instante la heredera giró la cabeza para mirar en su dirección y se encontró encerrado en un estimulante momento de reconocimiento.

Se miraron. Dios, tenía unos ojos enormes. Notando que se le

arrugaba la frente con una especie de desconcertada impresión, observó la paradoja de sus labios llenos y húmedos; eran dulcemente inocentes, pero al mismo tiempo rebosaban de una seductora e irresistible sexualidad. Se sorprendió imaginándose todas las cosas que le gustaría hacer en la oscuridad con esos seductores labios húmedos.

Un bajo impulso masculino de dar los pasos necesarios para complacerse con ella lo sacudió de dentro hacia fuera y lo acobardó tremendamente. No había sentido una atracción tan fuerte desde hacía años, desde que era un desafiante adolescente, para ser exactos. Actualmente jamás jugaba esos juegos con jovencitas casaderas. Llevaba sus aventuras con discreción y respeto, limitándose exclusivamente a amantes que ya estaban casadas.

Pasado un momento, la heredera inclinó cordialmente la cabeza hacia él; él le correspondió con una inclinación, y entonces ella reanudó tranquilamente la conversación con lord Bradley.

Y eso fue todo.

Ella le tocó el antebrazo a su anfitrión, en reacción a algo que él había dicho. Lord Bradley bajó la vista hacia el antebrazo, visiblemente escandalizado por esa informalidad; pero se recuperó al instante, con un encendido rubor en las mejillas y una nueva chispa en sus ojos que lo hizo parecer diez años más joven.

James sintió que se le levantaba ligeramente la comisura de la boca. En efecto. No lograba recordar la última vez que una mujer hubiera encendido las brasas por tanto tiempo enterradas de su vulnerabilidad.

Por un fugaz y temerario momento, desoyó su voz interior cargada de fuertes principios, la voz que le decía que desviara la vista, y pensó que podría gustarle conocerla después de todo. Es decir, serle presentado correctamente y ver adónde llevaba un conocimiento intrascendente. Últimamente se había estado quejando de aburrimiento.

Pero ¿era aburrimiento en realidad?, pensó con cierta inquietud. No estaba seguro del todo. Había adquirido tal pericia en reprimir sus deseos que ya no lograba recordar cómo era sentirlos.

Mejor eso que la alternativa, reflexionó, volviéndose a repetir que seguía siendo el hijo de un animal irascible y el nieto de un asesino paranoico, y que soltar sus pasiones, pasiones de cualquier tipo, sería peligroso.

Diciéndose eso, se apresuró a aplastar el impulso de ir a conocer a la heredera y fue prudentemente a reunirse con un grupo de caballeros que estaban en la galería hablando de política.

Desde el otro lado del atiborrado salón, la señora Beatrice Wilson observó impotente salir de allí al apuesto duque de Wentworth. Miró hacia su hija Sophia, que estaba conversando con una anciana marquesa, dichosamente inconsciente de lo que ocurría a su alrededor, inconsciente, en particular, de la salida del soltero más prestigioso y difícil de todo Londres. ¿No se había dado cuenta su hija de que él salía del salón?

Cuando la marquesa se disculpó y continuó su camino, Beatrice llevó a Sophia hacia un rincón tranquilo.

—Cariño, vamos a buscar a la condesa. Tienes que ser presentada al duque. ¿Qué te pasa? ¿Por qué me miras así?

Sophia se puso la mano en la frente.

—Madre, no me siento muy bien.

—¿Que no te sientes muy bien? Pero el duque de Wentworth está aquí, y por lo que he oído rara vez acude a los salones. No podemos dejar pasar esta oportunidad.

Ese había sido un largo año de contiendas para Beatrice Wilson, que ya se estaba cansando y agotando por los esfuerzos. En su inocencia, Sophia no entendía la importancia de su matrimonio, lo esencial que era que se casara «bien». No sabía que el romance y la pasión no durarían a lo largo de los años. Seguía creyendo que debía casarse por amor y sólo por amor, y que ninguna otra cosa importaba.

Beatrice amaba demasiado a sus hijas para permitirles elegir mal y que luego tuvieran que vivir infelices por una mala elección. Deseaba seguridad para sus hijas; sabía con qué facilidad el dinero puede llegar y desaparecer, y lo fácil que es ser expulsada de la buena sociedad cuando el dinero se acaba.

Los títulos británicos, en cambio, eso era algo que duraba. En la aristocracia inglesa lo único que tenía que hacer una mujer era dar a luz a sus bebés y su posición social estaba asegurada.

—¿Estás enferma? —le preguntó, tocándole la frente.

—Podría estarlo. No creo que esta sea una buena noche para conocer al duque. ¿No podemos irnos a casa?

Ahí estaba otra vez, esa inflexible resistencia. Sophia siempre había sido obstinada, de voluntad fuerte.

Pero esa noche notaba algo más, algo diferente en la disposición de su hija. Si ella lograra ver qué era.

—¿No te gustó la apariencia del duque? Yo lo encontré guapísimo.

Sophia consideró la pregunta.

—Para ser sincera, madre, no me gustó. No es el tipo de hombre que busco.

—¿Cómo puedes hacer ese juicio sin siquiera haber hablado con él? No te hará ningún daño que te presenten a él. Entonces podrás decidir si te gusta o no.

—No quiero que me presenten.

—Sophia, tienes que darle una oportunidad al hombre. No puedes permitirte ser tan selectiva. La temporada no va a durar eternamente, y tu padre ha invertido muchísimo para...

—Madre, me prometiste que me dejarías elegir a mí.

A Beatrice se le oprimió dolorosamente el corazón. Sí, se lo había prometido.

Agotada y sin ánimo para la batalla, ahuecó la mano en la mejilla de su hija. Si no se sentía bien, pues no se sentía bien. ¿Qué se podía hacer?

—Vamos a buscar nuestras capas, entonces.

Salió del salón con su hija, pensando si no tendría que haberse mantenido firme e insistido en una presentación al duque. Nuevamente sintió el desagradable peso de sus defectos. Su marido siempre decía que era demasiado blanda con sus hijas, que las malcriaba. Pero ¿cómo podría evitarlo, si las quería tantísimo?

A la mañana siguiente, James entró pensativo en su estudio para leer el *Morning Post* y ocuparse de su correspondencia. Mientras se sentaba y acomodaba en el sillón, su mirada cayó en la pared revestida de paneles de roble y, sin saber por qué, pensó en la heredera americana.

¿Qué lograría ella durante su estancia allí? ¿A qué noble regordete y de poca monta lograrían dar caza entre ella y su madre? Sin duda no tendrían ningún problema en hechizar a los que quisieran.

Últimamente las jóvenes americanas estaban dejando en vergüenza a las hijas de terratenientes. Después de todo, las americanas recorrían mundo, aprendían ciencias, arte e idiomas de los mejores preceptores que podía comprar el dinero, y contemplaban personalmente la belleza del Tempietto y de la Capilla Sixtina, mientras que las chicas inglesas eran educadas por una o dos institutrices en una ventosa aula de la segunda planta de casas señoriales situadas en des pobladas zonas rurales del interior.

De pronto sintió ira consigo mismo. Lo más probable era que fuera uno de los muchos caballeros sentados en sus estudios esa mañana mirando la pared y pensando en «ella».

Basta.

Eficientemente leyó y contestó la primera carta del enorme montón y cogió la siguiente. Esta era de uno de los instructores de Martin en Eton, del director, en realidad.

Leyó la misiva. Martin se había vuelto a meter en dificultades. Lo habían sorprendido con una botella de ron y una de las lavanderas en su habitación. El director quería expulsarlo temporalmente como castigo y deseaba saber adónde debía enviarlo.

Ay, Martin no.

Apoyando la cabeza en el respaldo, reflexionó sobre la manera de llevar eso. Martin siempre había sido el niño tranquilo, de buen comportamiento. ¿De qué iba eso?

Tal vez era simplemente la imprudencia natural de la juventud. «Los niños son niños», dijo alguien.

Él, que siempre había mantenido su distancia de la familia y no tenía la menor intención de cambiar esa costumbre, sabía que no era la persona indicada para orientar a Martin. Durante toda su juventud había sido la víctima de una dura disciplina, y de ninguna manera se pondría en el lado del castigador. Tampoco sabía de ningún otro método alternativo, porque sólo conocía el ejemplo dado por su padre.

Después de pensarlo un rato, decidió enviar a Martin a la casa de su tía Caroline, la hermana de su madre, que vivía en Exeter; ella estaría equipada para tratar ese tipo de cosas. Después de escribir las cartas necesarias para tal fin, apartó firmemente ese problema de su mente y cogió el diario doblado sobre el escritorio, todavía caliente por la plancha del mayordomo.

Acababa de echarle una mirada a la primera página cuando un lacayo golpeó la puerta y entró, llevando la pequeña bandeja de plata con ribetes de oro. Se la puso delante.

—Esto acaba de llegar, excelencia.

James cogió la carta y al instante reconoció la letra. Era de su agente, el señor Wells. El lacayo salió y él rompió el sello:

Mi señor Duque:

Lamento informarle que se han producido ciertos desperfectos en el techo del salón de recepciones. Hace unos días apareció una gotera, que fue causa de feas manchas en la alfombra y algunos muebles. El carpintero que hice llamar era un hombre bastante corpulento y el techo se desmoronó con su peso. Ahora sabemos que esa parte del techo estaba absolutamente podrida, lo que me lleva a preguntarme cómo resistirá el resto al próximo invierno.

Puesto que está al corriente del estado de las finanzas, me abstengo de repetirle lo grave que está la situación. Sólo espero que tome una decisión respecto a la venta de los tapices franceses del ala izquierda, como también la de las obras de arte de la galería, de las que hablamos.

James cerró los ojos y se apretó el puente de la nariz, para combatir la tensión que empezaba a hacerle doler la cabeza. ¿Por qué se le acumulaban todos esos problemas en ese momento?, pensó, ¿sería una especie de prueba?

Cerró la mano izquierda en un puño para aliviar el dolor de una fractura que se hiciera en la infancia y que todavía le dolía, después de veinte años. Se miró atentamente la palma, y giró la mano, recordando el increíble peso de la tapa del arcón. Después, como hacía siempre, desechó ese recuerdo.

¿Debía vender los tapices franceses? Probablemente le darían el dinero suficiente para cubrir los gastos de la reparación de ese techo.

Su madre no soportaría bien los cotilleos, eso sí.

Y aun en el caso de que los vendiera, ¿después qué? Era necesario dragar el lago, y la asignación para gastos menores de su madre y de Lily se había reducido tanto que ya no era casi nada. Por otro lado, estaban endeudándose cada vez más con cada año que pasaba.

Aumentaban los gastos y disminuían los ingresos. La tierra ya no producía los beneficios de antes, gracias a la peor depresión agrícola del siglo.

Ya había subido los alquileres; no volvería a hacerlo.

Hizo una honda inspiración y permitió que sus pensamientos volvieran a la heredera americana. Recordó el ostentoso diamante que colgaba entre sus deliciosos pechos. Ese diamante solo resolvería todo el déficit del año anterior.

Contempló sin ver la ventana con cortinas de encaje del lado de su escritorio, y pensó en lo que le dijera Whitby acerca de tomar esposa, que podía ser un asunto de negocios si se llevaba bien.

¿No sería sensato, entonces, casarse con una mujer que estaba tan resuelta como él a casarse por algo distinto al amor? ¿Por un título, por ejemplo?

Señor, eso era exactamente lo que siempre había despreciado, esa mirada ávida de mujeres que lo deseaban porque era un duque.

Eso era lo que deseaba su madre cuando se casó con su padre. Estaba ciega por la pompa y ceremonia que lo acompañaba a todas partes, y fíjate adónde la llevó eso. Al infierno, de ida y vuelta.

Se inclinó hacia el escritorio. Lo más probable era que la vivaz heredera americana no se pareciera en nada a su madre. Sospechaba que la chica sabía cuidar de sí misma. Notaba en ella un cierto aire de independencia.

¿Sería bueno o malo eso en un matrimonio?, pensó. Siempre había deseado que su madre fuera más fuerte para oponerse a su padre.

Tal vez podría ir al baile en la casa Weldon esa noche, después de todo. Seguro que la americana estaría allí. Y no era que hubiera tomado ninguna decisión firme, lógicamente, ni era porque ella le gustara. No se enamoraba con tanta facilidad, ni pensaba enamorarse nunca. Eso no se lo permitiría jamás. Se había pasado toda la vida entrenándose para evitar la pasión y la pérdida de los sentidos que la acompañaban. Estaba tan firme e inflexible como una roca.

¿De qué tenía que preocuparse, entonces? No era capaz de sentir ningún tipo de amor verdadero y profundo por una mujer. Eso era imposible, dada su crianza.

Decidió entonces que su asistencia al baile sería una misión de reconocimiento, de exploración. Un asunto de negocios, porque

quedaba en pie el hecho de que tenía que salvar de la ruina financiera su propiedad y el ducado, ya que si no lo hacía, ni siquiera Martín podría resolver los problemas más antiguos y profundos de la familia.

Tal vez si él lograba solucionar lo que iba mal últimamente, la siguiente generación podría dar el heredero que pusiera fin a la locura. Tal vez un matrimonio sin amor con una heredera rica, ambiciosa de un puesto en la sociedad sería una manera de mantenerse a flote. Si no perdía la cabeza, como hicieran su padre y sus otros antepasados, le haría un gran servicio a su familia. Algo que podría resultar ser la gracia salvadora que todos necesitaban tan angustiosamente.

Decidido, entonces. Volvería a verla y cerraría los ojos a su belleza y encanto. Ni su apariencia ni su comportamiento formarían parte de su criterio. Por el bien de todos, incluido el de la heredera, sus motivos continuarían siendo mercenarios.